

UN BOCETO DEL NATURAL

I

Me encontraba accidentalmente en un puerto de mar, durante la estación de baños. Merced a mi antiguo conocimiento con una familia que, aunque establecida en la corte, acostumbraba pasar dos o tres meses del verano en aquel punto, había logrado hacerme en pocos días de algunas agradables relaciones entre las personas más distinguidas de la población.

Después de haber sufrido en materia de amores, no diré desengaños, sino alguna que otra contrariedad, explotaba por aquella época el filón de las amistades femeninas. Entre las varias mujeres con que había intimado, fiel a mi propósito de cultivar ese género de relaciones que se mantienen en el justo medio de las simpatías, se contaban dos hermanas, las dos bonitas, las dos discretas, a pesar de que la una pecaba un poco de aturdida, mientras la otra tenía de cuando en cuando sus puntas de sentimentalismo.

Esta misma diferencia de caracteres era para mí uno de los mayores alicientes de su trato; pues cuando me sentía con humor de reír, me dedicaba a pasar revista a todas las ridiculeces de nuestros compañeros de temporada en unión con Luisa, que así se llamaba la más alegre de genio, y cuando, por el contrario, sin saber por qué ni por qué no, me asaltaban esas ideas melancólicas de las que en vano trata uno de defenderse cuando se encuentra entre personas de diverso carácter, daba rienda suelta a mis sensiblerías, charlando con Elena, que éste era el nombre de la otra, de vagos presentimientos, pesares no comprendidos, aspiraciones sin nombre, y toda esa música celeste del sentimentalismo casero. Así, bromeando y riendo a carcajadas con ésta, cuchicheando a media voz con aquélla o hablando indiferentemente con las dos de música, de modas, de novelas, de amor, de viajes, comunicándonos nuestras impresiones, revelándonos nuestros secretos, revelables entre amigos, refiriéndonos nuestras aventuras o echando planes sobre el porvenir, pasábamos la mayor parte del tiempo juntos, ya en su casa, donde comía algunas veces, ya en los paseos que proyectábamos a los alrededores de la población o en el camino del baño, adonde las acompañaba todas las tardes.

Una de estas tardes, que fui como de costumbre en su busca para acompañarlas al baño, encontré la casa removida, los criados revueltos, un saco de noche por aquí, una maleta por allá, todas las señales, en fin, que indican un viaje próximo.

-¿Qué es eso? -pregunté a Luisa, que fue la primera que salió a recibirme-. ¿Se marchan ustedes?

No -me contestó-; es que acaba de llegar mi prima Julia, que viene a pasar una temporada con nosotras.

-Siendo así -dije, tendremos una nueva compañera de tertulias y de excursiones.

-Seguramente -añadió Luisa tendremos una nueva compañera, aunque bastante original.

Y al decir esto acompañó sus palabras con una sonrisa maliciosa.

-Pero... pase usted -se apresuró a añadir, viendo que yo permanecía irresoluto y aún con el sombrero en la mano en el dintel de la antesala-; pase usted al gabinete, que aun cuando no salimos esta tarde, charlaremos un rato y conocerá usted a Julia, que está en el tocador con Elena, y pronto acabará de vestirse.

Esto diciendo, hizo señas a un criado para que me tomase el sombrero, me condujo al gabinete y haciéndome una graciosa reverencia me dijo con coquetería:

-Ahora va usted a dispensarme si le dejo a solas un ratito porque yo también tengo que arreglarme un poco.

-¡Una compañera original! -exclamé ya maquinalmente cuando hubo desaparecido Luisa-. ¿Qué entenderá ésta por original? ¿Será original por la figura o por el carácter? Tengo deseos de conocerla. ¡Original! Precisamente eso es lo que no me parece ninguna de las que conozco. ¿Será fea? ¿será tonta? Pero nada de esto es raro, sino por desgracia harto común. ¡Señor! ¿Qué particularidad tendrá esa mujer que tan esencialmente la diferencia de las otras mujeres?

Y embebido en estas ideas, me puse a hojear distraídamente el álbum de Elena que encontré sobre un velador. En aquel álbum, y entre un diluvio de muñecos deplorables y de versos de pacotilla, vi algunas hojas en las cuales las amigas de colegio de Elena, como para dejarle un recuerdo, habían escrito sus nombres, éstas al pie de una mala redondilla, aquéllas debajo de tres o cuatro renglones de mediana prosa, en que ponderaban su amistad y la hermosura de la dueña del álbum, o aventuraban uno de esos pensamientos poéticos de que todas las niñas románticas tienen como una especie de troquel en la cabeza. Ya iba a dejar el álbum sobre el velador, cuando al volver una de sus hojas fijé casualmente la vista en unos garrapatos, hechos tan a la ligera, que sólo merced a un detenido examen pude averiguar que aquellas líneas extrañas tenían la pretensión de ser letras y que el todo formaba el nombre de una mujer.

En efecto, en aquella hoja, la prima de Elena, contrastando en su laconismo con el fárrago de inocentadas de sus otras compañeras de pensión, se había limitado a poner Julia; ni más verso, ni más prosa, ni apellido, ni rasgo de firma: Julia, y esto así, de una vez, como quien escribe sin mirar; más con la intención que con la mano; sin otros perfiles ni adornos que algún borrón suelto o esos salpicones de tinta que deja la pluma cuando, llevada con descuido y velocidad, parece como que va saltando sobre el papel. Yo he leído en alguna parte que hay ciertas reglas sacadas de la observación para conocer el carácter de la persona por sólo su escritura. Dificulto que esto pueda constituirse, como la frenología o la fisionomía, en una ciencia, ni aun por sus más adictos partidarios; pero no hay duda que, por un sentimiento vago e instintivo, siempre que vemos un autógrafo cualquiera, se nos antoja que conocemos ya, aunque de un modo confuso, la persona a quien pertenece. No obstante que yo sabía que las personas que hacen las letras de tal hechura es porque son nerviosas, y las que no porque son linfáticas, y que los melancólicos escriben de esta manera y los alegres de la otra, toda mi pericia caligráfico-moral se estrellaba en el análisis de aquel nombre compuesto de cinco letras, de las cuales ésta era estrecha y tendida, la otra redonda y grande, mientras las de más allá tenían forma apenas, o se adivinaban más por la intención que por los rasgos.

A primera vista, y juzgando por la impresión, cualquiera hubiese dicho que la persona que había puesto su nombre en aquella hoja de aristol no sabía escribir. Pero quedarse en este punto de la inducción sería quedarse en la superficie de la cosa. Yo me engolfé en el terreno de las suposiciones y creí ver en aquellos rasgos desiguales la señal evidente de que Julia escribía poco, y escribía, no como por un mecanismo, sino con el mismo desorden, la lentitud o la prisa del que habla: al escribir, entre sus manos, sus facciones y su inteligencia, debían existir movimientos armónicos. Al ver detrás de tanta y tanta majadería como se encontraba en el álbum de Elena aquella inmensa página en blanco con cuatro letras borrajeadas de cualquier modo, diríase que un genio superior, Byron o Balzac, por ejemplo, instado por una señorita impertinente, y no pudiendo eludir el compromiso, había trazado allí con desdén su nombre.

No hay duda -exclamé arrojando el libro sobre el velador-, si continúo media hora más tratando de resolver este enigma, acabaré por fingirme en la imaginación alguna locura de las que yo acostumbro... Afortunadamente la realidad está cerca.

Y al decir esto, me levanté para saludar a mis amigas, cuyos elegantes trajes de seda oía crujir en la sala, y cuyos menudos pasos sentía aproximarse en dirección al gabinete.

II

Luisa y Elena entraron en el gabinete acompañadas de su prima. Como era natural, me fijé desde luego en la recién llegada, con una insistencia que acaso pecaría de indiscreción, pero que disculpaba en parte el interés que, aun sin conocer la, me había inspirado.

Julia era alta, delgada, pálida y ligeramente morena. Tenía los pómulos acusados, la nariz fina y aguileña, los labios delgados y encendidos, las cejas negras y casi unidas, la frente un poco calzada y el cabello oscuro, crespo y abundante. Como aquella mujer he conocido muchas, pero ojos como los suyos confieso que no había visto jamás. Eran pardos, pero tan grandes, tan desmesuradamente abiertos, tan fijos, tan cercados de sombra misteriosa, tan llenos de reflejos de una claridad extraña, que al mirarlos de frente experimenté como una especie de alucinación y bajé al suelo la mirada.

Bajé la mirada, pero aquellos dos ojos tan claros y tan grandes, desasidos del rostro a que pertenecían, me pareció que se quedaban solos y flotando en el aire ante mi vista, como después de mirar al sol se quedan flotando por largo tiempo unas manchas de colores ribeteados de luz.

Repuesto del momentáneo estupor que me habían producido aquellos ojos extraños e inmóviles, estreché ligeramente la mano de Elena y saludé a Julia, cuyas facciones se iluminaron, por decirlo así, con una sonrisa, al inclinar con lentitud la cabeza para devolverme el saludo.

Mi primera intención, después de saludarla, fue buscar la fórmula de alguna de esas galanterías de repertorio para decir algo a propósito de la llegada de nuestra nueva compañera; pero al fijarme por segunda vez en su rostro, la sonrisa que lo iluminó un instante había desaparecido, y me encontré con el mismo semblante impasible y con los mismos ojos pardos y grandes, tan grandes, que como vulgarmente suele decirse, le cogían toda la cara.

La frase ya hecha en la imaginación se me antojó una vulgaridad; removí los labios sin acertar a pronunciar palabra alguna, y por segunda vez perdí el terreno. Aparté de la suya mi vista y me puse a examinar, sin que me importase el examen maldita la cosa, uno de los dijes de la cadena del reloj.

Me había propuesto espiar a aquella mujer, aquilatar su inteligencia por sus palabras, estudiarla como un fenómeno curioso, analizarla en fin, seguro de que el análisis me daría por resultado el residuo que queda de todas; pero, por lo visto, me había cogido la vez, se había puesto en guardia y atrincherada en su impasibilidad y silencio, parecía aguardar a oírme para juzgarme.

La idea de que aquella mujer pudiera formar de mí una opinión desventajosa, comenzaba a preocuparme. Lo primero que se me ocurrió fue buscar algunos recursos para salir airoso del paso, pero al mismo tiempo me acordé que cuando se piensa de antemano lo que se va a hacer o decir, se tiene andada la mitad del camino para encajar una necedad o cometer una torpeza.

Afortunadamente estaba allí Luisa. Luisa, que en poniéndose a hablar charlaba hasta por los codos; que preguntaba y se contestaba a sí misma; que era capaz ella sola de mantener la conversación en un duelo; que no dejaba parar un punto la atención sobre cosa alguna; que a

cada momento traía un nuevo asunto al debate; y ésta, rompiendo el embarazoso silencio en que nos habíamos quedado, me rogó que me sentara y tratase a su prima con la misma confianza que a ellas las había tratado siempre.

Nos sentamos: Luisa, junto al balcón del gabinete que se abría sobre el jardín de la casa; Elena, próxima al piano, por encima de cuyas teclas comenzó a pasear distraídamente sus dedos, y Julia, casi en el fondo de la habitación.

Yo dejé, por un movimiento instintivo, la silla donde estuve sentado hasta entonces y busqué con la vista una butaca. No sé cómo explicarme esta nimiedad; pero por primera vez de mi vida me ocurrió que, sentado en una silla estrecha y empinada, se está como vendido y haciendo una figura grotesca.

Una vez sentados, se comenzó a hablar de cosas indiferentes. Luisa, como de costumbre, sostuvo la conversación en primera línea. Elena terció a menudo, yo aventuré muy pocas palabras, y a Julia no logramos arrancarle sino algún que otro rarísimo monosílabo. Confieso francamente que aquel desdeñoso silencio me seguía preocupando lo que no es decible.

La presencia de Julia era como un obstáculo a la expansión natural entre nosotros. Yo me sentía con menos franqueza que de costumbre en una casa donde siempre la había tenido de sobra; Elena parecía preocuparse de mi visible encogimiento y Luisa, cansada de hablar sin que nadie le contestara, acabó por levantarse y descorrer las persianas del balcón para entretenerse en enredar por entre los hierros las guías de una enredadera que se encaramaba hasta aquella altura desde el jardín.

El sol se había puesto: en el jardín se escuchaba esa confusa algarabía de los pájaros tan característica de las tardes de estío; la brisa del mar, meciendo lentamente las copas de los árboles y empapándose en el perfume de las acacias, entraba a bocanadas por el balcón, inundando el gabinete en olas invisibles de fragancia y de frescura.

Las sombras del crepúsculo comenzaban a envolver todos los objetos, confundiendo las líneas y borrando los colores; en el fondo de la habitación y entre aquella suave sombra, brillaban los ojos de Julia como dos faros encendidos e inmóviles. Yo no quería mirarla; deseaba afectar su mismo desdén y, sin embargo, mis ojos iban continuamente a buscar los suyos. Elena rompió al fin el silencio, exclamando:

-¡Qué hermosa tarde!

-Hermosísima -añadí yo maquinalmente sin saber siquiera lo que decía y sólo por decir algo.

Pero apenas pronuncié esta palabra, pensé que después de callar por tan largo espacio, no se nos había ocurrido otra cosa mejor que hablar del tiempo. ¡Del tiempo! Esa eterna y antigua muletilla de los que no saben de qué hablar. Asaltarme esta idea y volverme a mirar a Julia, todo fue obra de un instante.

No lo podré asegurar; pero a mí me pareció que sus labios se dilataban imperceptiblemente, que se reía en fin su inteligencia de nuestras vulgaridades, y que aquella risa mental se reflejaba de un modo extraño en su rostro.

Desde que creí apercibirme de su muda ironía, fue ya un verdadero suplicio para mí el verme obligado a responder a Elena, que comenzó a hablarme del canto de los pajaritos, de las nubecitas color de púrpura, de la poética vaguedad del crepúsculo y otras mil majaderías de este jaez.

-¿Por qué no toca usted algo? -exclamé, dirigiéndome a mi sensible interlocutora con el propósito de salir, por medio de una brusca interrupción, del peligroso terreno de la poesía hablada.

Elena abrió un cuaderno de música, el primero que le vino a mano, con intención sin duda de tocar cualquier cosa, la que antes se ofreciera a su vista.

«¡No nos faltaba más sino que hiciese el diablo que tropezara con un trozo de zarzuela para acabar de coronar la obra!», exclamé yo para mis adentros, mientras me disponía a escuchar lo más cómodamente posible.

Por fortuna el libro era de música escogida, y Elena comenzó a tocar un vals de Beethoven; un vals de concierto, de una melodía vaga, de una cadencia indecisa, extraño en el pensamiento más extraño aún en sus giros y sus inesperadas combinaciones armónicas. Cuando Elena hubo concluido de tocar y la última nota se apagó en el aire, Luisa, que aún permanecía en el balcón arreglando las guías de las enredaderas, exclamó dirigiéndose a su hermana:

-Tú dirás lo que se te antoje, me tratarás de zarzuelera y de ignorante, pero yo te digo con toda verdad que no sé qué mérito tienen esas algarabías alemanas que dicen que es un vals y que yo, por más que hago, no encuentro el modo de que pueda bailarse.

Al oír a Luisa, no pude por menos de sonreírme y antes de que Elena comenzase a explicarnos cómo entendía ella las bellezas de aquel género de música especialísimo, me volví hacia Julia para preguntarle a quemarropa.

-¿Y a usted, le gusta este vals?

Ya no era posible eludir una contestación categórica, ya era necesario que hablase, que diese su opinión sobre una materia delicada. «Un punto de apoyo y levanto el mundo», decía Arquímedes. «Un dato sobre el carácter de esa mujer y adivinaré el resto», exclamaba yo en mi interior, felicitándome por el expediente que había encontrado para hacerla hablar.

Julia se sonrió una vez más con aquella sonrisa imperceptible que tanto me había preocupado hacía un momento, y se limitó a contestarme:

-Entiendo muy poco de música.

III

El poco resultado de mi estratagema me puso de tan mal humor que so pretexto de que la recién llegada necesitaría descansar de las fatigas del camino, abrevié la visita y me marché a la calle.

Necesitaba respirar un poco el aire libre, coordinar mis ideas, darme cuenta a mí mismo de lo que me estaba pasando. Luisa, al despedirme de ella, me había encargado mucho que no dejase de buscarlas a la mañana siguiente para dar un paseo por la orilla del mar. Aunque no me dijo nada de si asistiría o no Julia a este paseo, yo supuse que, fatigada del viaje, no se encontraría de humor para madrugar tanto, y esta idea me animó a acudir a la cita.

A decir verdad, tenía como miedo de volver a encontrarme frente a frente con aquella mujer sin que me diesen primero algunos pormenores sobre su carácter y su historia, y esto nadie podría hacerlo mejor que Luisa, que ya la había calificado de original al anunciármela.

Aquella noche la pasé en claro revolviendo en la fantasía tanto disparate, que apenas comenzó a

azulear en las vidrieras de mi balcón la primera luz del día, salté de la cama, me vestí apresuradamente y salí por las calles a esperar la hora señalada, paseándome al fresco y tratando de desechar las ideas absurdas que hervían en mi cabeza.

No sé cuánto tiempo anduve vagando de un lado a otro como un sonámbulo, hablando a solas y tropezando con todo el mundo; lo que puedo decir es que cuando llegué a casa de mis compañeros de temporada, ya estaban vestidos y esperándome, según me dijeron, hacía cerca de una hora.

-Y la primita, ¿descansa aún? -pregunté a Elena.

No tal -me contestó-; viendo que se retardaba la hora de salir, se ha decidido a levantarse para acompañarnos.

En aquel momento llegó Julia; parecía otra mujer; nada más ligero y elegante que su sencillo traje color de rosa; nada más fresco y gracioso que su sombrero de paja de Italia, cuyas anchas cintas de gro blanco se anudaban debajo de su barba con un gran lazo de puntas sueltas y flotantes. Estaba descolorida como el día anterior; pero sus facciones eran tan delicadas que la luz parecía transparentarse a través de ella. Sus inmensos ojos, cuyas pupilas se dilataban desmesuradamente en la misteriosa sombra del crepúsculo, estaban entonces entornados, como defendiéndose de la deslumbradora claridad del día. En sus labios delgados y encendidos, en los cuales creí observar en mi primera entrevista una expresión irónica, brillaba una sonrisa tan ingenua e inocente como la de los niños cuando se ríen durmiendo, porque según sus madres ven pasar a los ángeles sobre su cabeza.

Esta inesperada transformación echó por tierra todos los castillos en el aire que había formado hasta allí, tomando por base su desdeñoso ademán, su altivo silencio y la fantástica y extraña expresión de su rostro. Yo esperaba encontrar a la misma mujer impasible y misteriosa de la tarde anterior, y al ver a la Julia de leyenda, súbitamente convertida en una muchacha risueña, de fisonomía simpática y maneras aniñadas y graciosas, más bien que sereno y animado, me sentí nuevamente sobrecogido y temeroso.

Decididamente, aquella mujer se había atravesado en mi camino para confundirme y desesperarme.

Emprendimos nuestro paseo en dirección a la playa. Durante el camino hablamos de cosas indiferentes. Mi idea era hacer que Julia tomase parte en la conversación de un modo indirecto. Para esto hice todo lo posible por no dirigirle la palabra a fin de que no trasluciera mi deseo de oírla hablar; pero este ardid no me valió tampoco. Casual o deliberadamente, Julia no despegó sus labios, a pesar de que en varias ocasiones vi que los movía con intención de pronunciar algunas palabras arrepintiéndose antes de decirlas.

Muchas veces, hallándome con personas que bien por diferencias de carácter, de educación o de aspiraciones, estaba seguro que al decirles ciertas cosas que asaltaban mi imaginación, no habían de comprenderlas, me había sucedido detenerme de pronto antes de hablar, y guardando a mi vez un silencio que acaso parecería desdeñoso. ¿Será que esa mujer cree que su inteligencia está por cima de la esfera vulgar en que nos agitamos, que no hay entre nosotros quien la pueda apreciar en lo que vale? Esta pregunta, que no pude menos de dirigirme al ver frustrados todos mis planes, hirió mi amor propio y, sin saber por qué, me sentía confuso y humillado. «No hay duda -dije-, yo estoy combatiendo con armas desiguales; Julia me oye hablar de bagatelas y majaderías con sus primas que, después de todo, no son más que unas mujeres tan vulgares como todas y desde lo alto de su superioridad me juzga o tan

materialmente prosaico como Luisa, o tan ridículamente sensible como Elena. ¡Oh, si pudiera hablarla a solas, si pudiera hacerla comprender que yo tengo aquí dentro del corazón y la cabeza algo que no sé si es grande, pero de seguro no es vulgar!

En esto llegamos al término de nuestro paseo, que era un pequeño caserío blanco como la nieve y situado en una altura donde se dominaba parte de la costa y del mar, que se dilataba inmenso a nuestros ojos hasta tocar y confundirse con el cielo.

-Mire usted -me dijo Luisa apenas hubimos llegado, señalándome con el dedo el horizonte-. ¡Mire usted qué cosas tan preciosas hace el sol en el agua! Si parece que todo el mar está lleno de pedacitos de oro que van saltando.

-¡Qué hermoso es el mar! -exclamó a su vez Elena-. Yo le digo a usted francamente que pasaría gustosa toda mi vida en este caserío escuchando el murmullo del oleaje y respirando este viento que parece que acaricia cuando pasa.

En efecto, el espectáculo que ofrecía a nuestros ojos era magnífico.

Yo tendí la mirada por aquel mar sin límites y, sintiéndome lleno de su inmensa poesía, estuve a punto de prorrumpir en un himno. Por fortuna, en aquel instante me asaltó a la imaginación el recuerdo de Julia y me pareció verla aún sonreírse con aquella sonrisa irónica que tanto me había herido en una ocasión semejante, y me contuve y fijé en ella la mirada para sorprender sus impresiones en la expresión de su rostro.

Julia se había quitado el sombrero; parte de su cabello oscuro, descuidadamente recogido, flotaba a merced del aire. Su rostro había sufrido una nueva transformación, sus desmesurados ojos habían vuelto a abrirse de par en par, sus luminosas pupilas se habían dilatado otra vez y su mirada flotaba, sin fijarse en un punto, entre el vapor de fuego que cortaba el horizonte como una línea de oro.

¡Un himno al mar!, necio de mí; yo haber creído un momento que podía hacerse, que había palabras bastantes; pero no. El verdadero himno, el verbo de la poesía hecho carne, era aquella mujer inmóvil y silenciosa cuya mirada no se detenía en ningún accidente, cuyos pensamientos no debían caber dentro de ninguna forma, cuya pupila abarcaba el horizonte entero y absorbía toda la luz y volvía a reflejarla. Hasta que no las vi unas enfrente de otras, no se me revelaron en toda su majestad aquellas tres inmensidades: el mar, el cielo y las pupilas sin fondo de Julia. Imágenes tan gigantescas sólo podían copiarlas aquellos ojos. «¡Oh! -pensaba yo mirándola-, ¡quién fuera un dios para poder sentir bajo su frente las vibraciones de la inteligencia embriagada de inmensidad, de luz y de armonía! »

Julia se mantenía aún inmóvil y en silencio; yo la contemplaba absorto, cuando Elena se le acerca y, sacándola de su éxtasis, le dijo con cierto énfasis:

-Ya ti, ¿te gusta el mar?

Yo creí que no contestaría. La pregunta aquella, dirigida a una mujer de sus condiciones, no merecía verdaderamente más contestación que el silencio. Julia, en efecto, pareció dudar un instante; pero después, tornando a sonreírse con aquella sonrisa extraña que le era peculiar, se limitó a responder:

-Sí; me parece bonito.

¡Bonito el mar! ¡Qué inmensa ironía no revelaba esta frase! Al oírla, comprendí cuán pequeño

me habría considerado al decirme la tarde anterior: «Yo entiendo poco de música».

IV

Después que volvimos del paseo, busqué una ocasión de hallarme solo con Luisa. Yo no sé si estaba enamorado de Julia; pero la verdad es que su memoria me preocupaba tan hondamente que ya era necesario a toda costa que yo la conociese, que supiese algo de ella; un día más en la incertidumbre en que me encontraba hubiera concluido por volverme loco.

Cuando vi a Luisa un instante separada de Elena, le dije francamente lo que me sucedía; le expuse mis dudas, le pedí por Dios que me sacase de aquel laberinto de confusiones en que me encontraba.

Luisa me escuchó con atención y, cuando hube concluido de referirle la historia de mis locas imaginaciones, me dijo con cierto aire malicioso:

-No se enamore usted de esa mujer, no se enamore usted, porque...

-¿Por qué? -la interrumpí yo.

Porque será usted muy infeliz. ¿No le dije a usted que era una mujer original...?

-Y bien -añadí-, que no tiene nada de vulgar ya se ve; pero lo que deseo que usted me explique es por qué parece como que nos desdeña, por qué guarda ese silencio misterioso.

-Por una razón muy sencilla: porque su mamá, que es una señora de gran talento, le tiene encargado mucho que no hable delante de gente.

-Su mamá -exclamé estupefacto, y sin comprender una sola palabra de aquella algarabía de Luisa-, su mamá. ¿Y por qué razón se lo ha prohibido?

Luisa se detuvo un momento como dudando al contestarme; después, echando una mirada de reojo hacia el grupo que formaban Elena y Julia para cerciorarse de que no podían oírla, me dijo, bajando la voz:

-Porque es tonta.

El Contemporáneo

28, 29 y 30 de mayo, 1863